

Lo que opina la Prensa Yanqui

DIAZ Y SUS PEONES, por John A. Avirette.

Sigue de la cuarta.

Los sacerdotes se inclinaron con sus despojos seculares y levantaron una revolución contra él. Los billó, y cuando llamaron en su ayuda al austriaco Maximiliano, Juárez lo mandó fusilar y declaró al clero fuera de la ley. Mientras vivió, la cosa no marchó del todo mal. Después de su muerte el país se hizo pedruzco.

Para construir una casa lo primero que necesita un arquitecto son ladrillos. Para edificar una República lo primero que se requieren son republicanos. México no tenía nada de esto y, según leyes naturales, el resultado fue el caos. De este caos surgió Porfirio Díaz—bravo, habil, honrado y sin compasión—un gran hombre y un gran patriota.

Apenas acababa de sentarse Porfirio Díaz en la silla presidencial y ya las circunstancias comenzaron a hacer de él un despota benévolo. La gran masa de su pueblo eran peones, empapados profundamente de ignorancia. Confiar á sem-jante pueblo el derecho de voto hubiera sido la más completa locura. Para ellos la libertad sólo significaría el abandono del trabajo para tirarse al sol ó la sombra. En este punto del juego Díaz era el hombre apropiado en tiempo y en lugar. Esto le dio un despotismo paternal. Díaz fue un constructor y un organizador. Hizo adelantar el bienestar mental y de su país. Trató honradamente de educar á la clase de los peones.

Sin embargo, los peones han retrocedido en punto á bien estar material. La razón es la carencia de oportunidades, pues mientras los ricos poseen la tierra, los peones no son dueños más que del hambre que los atormenta. Es cierto que van al gas y deambulados, pero tampoco tienen ni oportunidad ni incentivo. La generalidad de los peones mexicanos no gana más de treinta centavos (moneda americana) al mes, y con esta ridícula pitanza tiene que alimentar y vestir á su familia. Si fuera mejor tratado se convertiría en mejor hombre. Al envejecer Díaz, grandes abusos se desarrollaron en su gobierno, en la misma proporción que iba dejándolo en manos de los que estaban cerca. La mayoría de estos hombres carecen de patriotismo y de integridad, y á esta carencia se añade una excesiva avaricia, grande y sin conciencia. Sus abusos han causado un resentimiento amargo que se ha manifestado de vez en cuando en levantamientos.

Este sistema de corrupción se extendió á todo lo largo de la escala oficial. Los sueldos pagados á los empleados de menor esca-

la no bastan para vivir y de ahí que tengan que explotar á ambas partes, al gobierno y al pueblo, para sostenerse. Un jefe político gana unos veinte dólares al mes, y como esto no le alcanza, las *bucacas* son inevitables.

Los chacaes roban la parte del león.

Por eso los empleados de la administración son odiados y temidos por el pueblo. En realidad, la revolución no es más que una fase de la guerra, tan antigua como el mundo, entre la propiedad y el hombre ¿debe el derecho poseer al hombre, ó el hombre al dinero? Es, en otra forma, la misma guerra, pasando la frontera, que tiene lugar en los Estados Unidos entre las fuerzas de reacción. Significa que la honestidad va despertando y se prepara á despedazar la esclavitud de la propiedad y á dar un paso hacia adelante.

Vista bajo ese aspecto, la revolución de México es un factor del mejoramiento humano. Es la saludable señal de que hasta el peón mexicano está despertando de su millenaria apatía.

Díaz personalmente no es el culpable de la revolución. Díaz es un viejo valiente y guapo. Los viejos miran hacia atrás cuando los jóvenes van hacia adelante. El viejo león cayó en la red tendida á sus pies por los astutos chacaes que apelecan su presa. Sus consejeros no contaron con la nube que se levantaba en el horizonte. «No es mayor que la palma de la mano» han sido milificos, cegados por la codicia, y no estadistas, y por eso están pagando los viejos platos.

Porque cuando es un país el error llama á la violencia, y la violencia pretende reprimir á la violencia, entonces la revolución es inminente. Mientras existe un abuso existe una revolución. Cuando Díaz se hizo viejo, ciego á las rápidas de los suyos y sordo á las quejas del pueblo, fue inevitable que se viera envuelto en una guerra de justo resentimiento.

¿Qué nos trae de esto en los Estados Unidos? ¿Tiene algún interés para nosotros además de su profundo significado como pueblo que lucha y que despierta, e una parte de un movimiento mundial hacia la libertad y hacia la democracia?

Porque ni s odian los mexicanos.

Es absolutamente verdad que los mexicanos tienen sospechas y disgustos hacia nosotros, á pesar de todas las pifileas neceraciones en contrario. Nos odian por dos razones principales. La primera es que son más débiles como poder armado, y la segunda

es que necesitan la habilidad, energía y capital americanos.

Su malquerencia es racial y fundamental. El anglo-sajón y el indio no se han entendido nunca. El primero, en su avance irresistible, lo desposeído primero y exterminado después, al segundo. El Mexicano es virtualmente un indio y siente la amenaza de la americanización de México. Los mexicanos no han olvidado la guerra en que fueron despojados de California, Arizona, Nuevo México y Tejas, ni los servicios prestados por Estados Unidos para eliminar á Maximiliano han valido para que se borre ese rencor. Como todas las demás repúblicas hispano-americanas desconfían de los motivos que nos guían cuando aplicamos la doctrina Monroe. A cada intervención nuestra para salvar una Venezuela de las agestiones europeas, se recuerda la parte tomada por Estados Unidos el robo de Panamá.

También es un hecho desgraciado el que nuestros ciudadanos bruscos é impulsivos notengan consideraciones hacia las razas de color. Las consideraciones inferiores. La expresión de este desprecio nos ha enagenado á nuestros conciudadanos afro-americanos, ha exasperado á nuestros vecinos de México, y algún día nos arrastrará en sangrienta guerra con el Japón. Es axiomático que el desprecio engendra al odio y el odio á la violencia.

Hay que estar en buenos términos con México!

México es oficialmente nuestro amigo—esto es, por tratados de gobiernos. Fundamentalmente es nuestro cordial enemigo, por razones de diferencia racial, de nuestra conquista anterior y nuestro trato despectivo hacia sus ciudadanos desde entonces y siempre. Esos son los hechos fundamentales con que hay que encararse.

Desde que Scott y Taylor hicieron su excaristonea dominical hasta la ciudad de México, los mexicanos han crecido en fuerza y en destreza armadas. El soldado mexicano es más valiente de lo que se cree, y es mejor tirador que sus abuelos. Eso pit se encuentra entre nosotros y nuestro bien amado canalito. Sus ferrocarriles cubren más de la mitad del camino, y en caso de una flota desmantelada tendríamos que enviar tropas al través de México para proteger nuestro canal. Si el enemigo desembarcara tropas en México autorizado por un gobierno anti-americano, el canal estaría perdido.

¡Vale la pena de estar en buenos términos con México!

FLORES DE UN DIA.

pro dispuesto á hacer todas las lágrimas y á remediar todas las necesidades.

Quiero decir que las bellas prendas personales del ilustre gobernador, no podían manifestarse al ponerse al frente del Ejercito, sin riesgo de perder una magnífica de la Administración.

Por lo demás, el propio Sr. Cuarta resultaba fuera de cacho como jefe en una esfera política, él, que jamás fue político y que sólo entiendo de agricultura, de exterminar Hele en las ilberas del mar chipaqueo y de combalaciones fluncietos es que ha suena do siempre ha en parte, debido á su inteligencia y á su actividad, hay que decirlo. De allí que se rodeara de una camarilla inopina, de consejeros nublados, de parásitos á veces, reconocidamente perjudiciales. Un

gobernador no se impevise como se vive una mala redondilla.

La elección fue justa y fatal. Culpó el Sr. General Díaz, tanto que casi el ejército y el pueblo lo amaba? El pueblo se expresaba en sus sentimientos. El pueblo de Juchitán como el de todo el país, abrió los ojos, de golpe, ante el vivo resplandor de las llamas del cielo de Ciudad Juárez. Era al despertar, seguramente. Se veía claro. Y los que antes habían una concepción, de gracia exigieron lo que se puede pedir cuando se ha terminado en toda la línea, con las armas en la mano.

¿Que es culpable el Sr. Cuarta Gallardo? Creo sinceramente que solo de una: de haberse prestado en su inesperienza y ante la seria amenaza del huracán revolucionario, á figurar en ese elevado sitio, tan

expuesto á las miradas de los que habrían de ver con sus propios ojos.

Hay un toda causa víctimas y vencedores. El Sr. Cuarta, como Diego Rodo, aunque con mayores méritos que el brillante y tuitil clubman que pretendió gobernar Sinaloa, han sido las víctimas de su optimismo. Ambos han sido flor de un día, agostadas por la racha justiciera. Ambos cayeron dominar la ola brava, porque entonces no sabía de los furros del océano. Ahora, en plena preparación en un período democrático, las orgullinas de salón quedarán en su sitio de Invernadero, en tanto que los hombres reelos, de iniciativa y de acción se ponen al frente de los pueblos aliados en la santa causa de la igualdad, del derecho y de la libertad.